



LOS CUERNOS DE LA LUNA DE PEDROLA



EN Pedrola, a unos 30 km de Zaragoza y a poniente del Ebro, tenían un palacio los Duques de Villahermosa. Los comentaristas del *Quijote* se inclinan a pensar que en él transcurrieron bastantes de los episodios narrados en *dQ2*, entre ellos la conocida aventura de don Quijote y Sancho a lomos de Clavileño, rematada con una curiosa conversación entre Sancho Panza y el Duque:

Y sucedió que íbamos por parte donde están las siete cabrillas, y en Dios y en mi ánima que como yo en mi niñez fui en mi tierra cabrerizo, que así como las vi me dio una gana de entretenerme con ellas un rato... Vengo, pues, y tomo, y ¿qué hago? Sin decir nada a nadie, ni a mi señor tampoco, bonita y pasitamente me apeé de Clavileño y me entretuve con las cabrillas, que son como unos alhelíes y como unas flores..., las dos verdes, las dos encarnadas, las dos azules y la una de mezcla.

...

—Decidme, Sancho —preguntó el Duque—: ¿visteis allá entre esas cabras algún cabrón?

—No, señor —respondió Sancho—, pero oí decir que ninguno pasaba de los cuernos de la Luna.

No quisieron preguntarle más de su viaje, porque les pareció que llevaba Sancho hilo de pasearse por todos los cielos y dar nuevas de cuanto allá pasaba sin haberse movido del jardín. (*dQ2-41*)

Diego Clemencín, primer gran comentarista del *Quijote*, anotó así el pasaje:

Esta respuesta de Sancho tiene el áire de ser pulla: mas no alcanzo su verdadero sentido, y sí solo que se juega del vocablo en la contestacion á la pregunta del Duque, quien habia hecho lo mismo tomando pié de la mencion hecha por Sancho de las siete cabrillas. No hallo, pues, en estos pasages ni oportunidad ni chiste.

En la misma línea se han venido manifestando los más renombrados anotadores: algo oculta el pasaje. Pues oportunidad la hubo, si bien acompañada de más malicia que chiste. Cuando Sancho habla de «cuernos de la Luna», claro está que no alude al satélite de nuestro planeta, sino a la hermosa y muy casquivana Luisa Pacheco de Cabrera, hija de los marqueses de Villena y esposa de Juan de Gurrea y Aragón (1543-1573). Éste era hijo de Martín de Gurrea y Aragón (1525-1581) y Luisa de Borja (bisnieta del Papa Alejandro VI y hermana de San Francisco de Borja). Sin profundizar en la genealogía (legítima y bastarda) de aquella relevante familia aragonesa, en ella recayeron los señoríos de Luna (Zaragoza), Ribagorza (Huesca) y Villahermosa (Castellón), y solía residir entre Pedrola y Zaragoza.

La joven pareja se casó en 1569 y residió inicialmente en Toledo, donde ya la esposa comenzó con sus devaneos. Informado de ellos Martín de Gurrea y preocupado por el honor de su linaje, forzó que su hijo y esposa se fuesen a vivir con él a Zaragoza. Tampoco ese desplazamiento fue obstáculo para las frivolidades de doña Luisa, que en tierras zaragozanas entró en amoríos con un tal Martín de Torrellas con la complicidad de un criado del palacio ducal. El esposo se trasladó a Pedrola con varios amigos suyos para trazar un plan de acción. Volvieron secretamente a la capital y aguardaron una oportunidad para sorprender a los amantes y lavar el mancillado honor de la familia. El galán logró escapar por una ventana (aunque no tardó en morir de unas fiebres), pero el criado acabaría apuñalado y echado a un pozo días después. En cuanto a doña Luisa, fue recluida en su residencia de Los Fayos (a 90 km de Zaragoza), donde se abrió las venas (según parece, por inducción y en presencia de su esposo y amigos). Don Juan puso pies en polvorosa, pero fue detenido en Italia y trasladado a España para ser ajusticiado a garrote en Torrejón de Velasco (a 28 km de Madrid) en 1573.

El trágico episodio (*) podría haber inspirado a María de Zayas y Sotomayor para su novela *Mal presagio casar lejos*:

Así estuvo hasta cerca de mediodía, que como... padre y hijo se vistieron, luego quisieron ejecutar la sentencia contra la inocente corderilla... Y entrando los dos con su sangrador y Arnesto, que traía dos bacías grandes de plata (que quisieron que hasta en el ser él también ministro en su muerte dársela con más crueldad), mandando salir fuera todas las damas y cerrando las puertas, mandaron al sangrador ejercer su oficio. Sin hablar a doña Blanca palabra, ni ella a ellos, más de llamar a Dios la ayudase en tan riguroso paso, la abrieron las venas de entrambos brazos, para que por tan pequeñas heridas saliese el alma, envuelta en sangre, de aquella inocente víctima sacrificada en el rigor de tan crueles enemigos.

Enrique Suárez Figaredo
Sociedad Cervantina de Alcázar de San Juan

(*) Para más detalle, v. Ángel Canellas López: *Notas para la vida dramática de D. Juan de Aragón y Gurrea* (Cuadernos de Historia Jerónimo Zurita-1954).